

# AMAZONAS

Hoy se entiende como “amazonas” a esas mujeres con un gorrito ridículo, una fusta, una chaqueta masculina, unos pantalones abombados y montadas sobre una yegua o caballo obligados a saltar unos palotes horizontales y paralelos intentando que no se caiga ninguno. Sin embargo, el origen de la palabra y del contenido de ella nos viene desde la remota antigüedad clásica. Las amazonas eran un pueblo bárbaro formado solamente por mujeres guerreras. O sea, un ejemplo de discriminación muy diverso del que han solido practicar los ejércitos desde que el mundo y sus guerras son tan inmundas. Habitualmente se considera que las féminas únicamente son capaces de tirarse del moño o las greñas y, si lo hacen dentro del barro, mucho mejor para los espectadores masculinos. La misma voz “pelea” parece venir al pelo para explicar el modo de combate del llamado sexo débil. De modo que las amazonas vienen a mostrarnos el mundo al revés. Como es lógico, las amazonas necesitan de vez en cuando usar de los varones para realizar esas acciones que solamente los varones pueden ejecutar, algunos mejor que otros. Pero una vez usados, se desechan como un pañuelo sucio. Los hijos varones eran utilizados como esclavos o bien se les hacía abandonar esta vida antes de tiempo de una manera que la historia no cuenta pero que cualquiera puede imaginarse. Con respecto a las hijas circula una curiosa tradición. Para hacer más fácil la práctica del tiro con arco les cortaban el seno derecho aunque no tuviesen cáncer de mama. La historia es discutible porque la naturaleza de las mujeres no soporta la falta de simetría. Algunos pretenden derivar el vocablo “amazona” de “mazos”, esto es, “privadas de un pecho”, pero los filólogos andan también a la greña arrojándose artículos contradictorios sin llegar a ponerse de acuerdo sobre la etimología del nombre. Algunos héroes griegos, como Teseo y Aquiles, consiguieron enamorar a alguna de aquellas mujeres guerreras, cosa que demuestra que, por muy belicosas que fuesen, aquellas señoras guardaban bajo su aspecto de viragos un corazoncito minúsculo capaz de ternuras y románticas cursilerías de novias de pueblo si Cupido, el arquero querubín, les clavaba una de esas

flechas que ellas llevaban en su carcaj con otros fines menos loables que provocar el amor.

El nuevo mundo le debe a estas mujeres de armas tomar el nombre de un río y también (¿se puede decir?) el de una empresa privada de librería digital. Los conquistadores españoles veían de lejos, en las orillas de un río muy ancho, a los indios con cabelleras largas, y como las modas de entonces no eran las que se usan ahora, supusieron con poco fundamento que se trataban de algo así a lo que los libros clásicos describían como el pueblo de las amazonas. En cuanto a California, aquella tierra, donde hoy se mezclan latinos y anglosajones, les recordó la descripción que hace Montalvo, continuador del Amadís de Gaula, del reino de las Amazonas. Suele comparárselas a las valquirias de la mitología escandinava, coincidencia que nos deja en evidencia que siempre las mujeres han deseado ser independientes de los hombres, cazar sus propias presas y decirse aquello de “yo me lo guiso, yo me lo como”. Como puede verse las familias monoparentales (más bien las madres solteras o *monomarentales*) poseen una larga tradición y no son una cosa de la última lluvia ni de las elucubraciones extremistas del feminismo actual que se ha apropiado de los varones los pantalones, el tabaco y las palabras malsonantes. Y es que las amazonas, lejos de ser “mujer, mujer”, parecen medallas de oro en lanzamiento de peso o bien centrales dando una aleve zancadilla - nada leve- en el tobillo del atacante.



Pablo Galindo Arlés, 23 de enero de 2015